

Aparentemente hay una vida todo a nuestro alrededor, no como la imaginería clara y ordenada de la pantalla, una vida fragmentaria, misteriosa, solo para ser adivinada, pero sugiriendo de algún modo una plenitud y una riqueza de vida que no se encuentra en la existencia de las imágenes iluminadas.

En verdad, esta existencia en la pantalla empieza a parecer reiterativa y tediosa, pero una de sus huecas voces metálicas, proveniente probablemente de una máquina, nos recomienda que no nos impacientemos, nos dice que no tenemos más que aguardar, cuidando de no dejar hueco nuestro caletre a fuerza de nada, y muy pronto será maravilloso lo que nos muestra la pantalla. Pero si escuchamos con atención, otra voz, bajita, sosegada, tan próxima que podría estar en el interior de nuestra cabeza, susurra que lo que nos están diciendo con tal autoridad y complacencia es pura tontería, que la vida a nuestro alrededor, delante de la pantalla, es real y perdurable, y que nuestros nada siempre han sido *algo*.

Y entonces tenemos que hacer una elección. Podemos convertirnos en sólidos y juiciosos individuos, bostezando ante la pantalla y preguntándonos cuándo será todo maravilloso, o bien nos hacemos sujetos un tanto excéntricos que de un modo u otro nos mantenemos animosos e interesados.

Todo eso, naturalmente, implicaría otras cuestiones además del Tiempo. Pero el Tiempo

servirá muy bien como *test*. Redúzcase a una sola línea y entonces casi todo lo que parece añadir riqueza, profundidad y significado a nuestra mente y a nuestra vida, se reduce a nada. O, si no a nada, a algo que un médico o un psiquiatra pueden borrar, para meternos en la pauta general de la aceptación, el aburrimiento, la frustración. Ahora bien: mucho antes de que hubiese yo considerado cualquier prueba de precognición y demás, mucho antes de que hubiese leído algo respecto al Tiempo pluridimensional, había experimentado una fuerte resistencia contra la idea de que estuviésemos enteramente contenidos en el tiempo que pasa. Fue como si me hubiesen metido en una camisa de fuerza mental. Aceptar la idea suponía rechazar pensamientos y sentimientos que, por vagos que pudieran ser, parecían iluminar y liberar la mente. Los «hechos» acaso favoreciesen al tiempo que pasa, acaso rechazasen toda apelación de él; pero a la sazón yo no creía realmente en tales «hechos», aunque en verdad nunca los había considerado atentamente.

Lo que yo creía era que no sabíamos nada con seguridad, y que era preferible vivir entre gayas tapicerías de semicreencias y fantasías que entre las férreas paredes de «hechos» que acaso ni siquiera fuesen ciertos. Preferiría ceder a mi fantasía que correr el riesgo de terminar por desheredar a mi imaginación. De modo que creía a medias en muchas bobadas, y to-

avía conservo algunos cuadernos de mi pubertad para demostrarlo. Todo esto ocurrió antes de la primera guerra mundial, cuando yo era un empleadillo en el negocio de lanas de Yorkshire. Sospecho que algunas de mis semicreencias más fantásticas estaban allí para desafiar al comercio de la lana. Pero lo dejé, en 1914, para incorporarme al ejército como soldado de infantería.

La vida de un soldado de infantería en el frente occidental era capaz de exprimir todas las bobadas y fantasías que hubiese en cualquier hombre. Si el vivir dura y peligrosamente pone a prueba las ideas de un hombre, las mías fueron severamente probadas. Así, pues, lo que quedó fue algo muy diferente de aquellas semicreencias y labores de fantasía de preguerra. Estaba, por ejemplo, aquella impresión (sin ninguna teoría aneja) de deslizarnos en ocasiones fuera del tiempo que pasa, de convertirnos en observadores objetivos de nuestras fortunas, mientras la muerte se acercaba con lentos movimientos, como si estuviésemos en otro tiempo. Estaban también aquellos hombres, bromistas y locuaces, que

Escenas de la guerra de trincheras, durante la primera guerra mundial. Es una clase de experiencia a través de la cual los hombres pueden llegar a comprender que los «hechos» racionales que se dan por supuestos en la vida ordinaria, puede que no sean tan claros después de todo.

se quedaban pensativos y como subyugados horas antes de que les acertase la bala del tirador emboscado o una granada convirtiera sus cuerpos en piltrafas ensangrentadas, como si hubieran visto a la muerte, durante toda una mañana, señalándoles con el dedo a través de la tierra de nadie. El familiar estado de ánimo de esos hombres cambió por completo, y podríamos decir que cambió porque en el fondo de sus mentes se había abierto enormemente un *Ahora* que ya estaba siendo oscurecido por un acontecimiento que había de tener lugar, en el tiempo que pasa, unas horas después.

Y esto no contradice ni cancela esa súbita objetividad que otros de nosotros experimentamos en el momento álgido del peligro, como si presenciásemos el desarrollo de los acontecimientos desde otro tiempo. Ciertamente, nuestro *Ahora* se estrechaba y reducía hasta el punto más tenue posible, y después se expandía para poner las cosas, al parecer, en lento movimiento, hacia otro tiempo. La diferencia—una diferencia que acaso no pueda ser plenamente explorada por el intelecto humano—consistía en que aquellos hombres iban a morir y nosotros íbamos a vivir.

En esta extraña región, muy alejada de la ordinaria existencia rutinaria y sus ideas predominantes, una región de vida penosa, de peligros y de muerte, observé entonces, aunque sin entenderlo, que el Tiempo hacía muchas

